

APUNTES BIOGRÁFICOS

DEL M. R. P.

Fr. Francisco Alvarez,

Religioso del Colegio Apostólico

de S. Fernando, de México,

escritos por S. R.

Juz. Santiago Ramírez

X4705

A48

3

e.1

CO.

“EL TIEMPO.”

Domingo Núm. 4

97

2

Handwritten text along the right edge of the page, possibly a date or reference number.

BX4705
.A48
R3
c.1





1080025568

EL M. R. P.

FR. FRANCISCO ALVAREZ

APUNTES BIOGRÁFICOS

DEL M. R. P.

Fray Francisco Alvarez,

Religioso del Colegio Apostólico

de S. Fernando, de México.

escritos por S. R.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez
MEXICO.

TIPOGRAFIA DE "EL TIEMPO."

Cerca de Santo Domingo Núm. 4

1897

Bx4705

A48

R3



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

125756

Fué un Sacerdote magno: con inquebrantable fidelidad sirvió al Altísimo, quien al recibirlo en su juicio lo halló digno de Sí.

(Lib. de la Sab.)



BENDITO sea Dios por todo!...
Esta frase que tantas veces vimos brotar de un corazón inmaculado, que como la zarza milagrosa de Horeb ardía sin consumirse en el fuego santo del amor divino, y salir entre suspiros de resignación de unos labios, que diariamente se movían para formular sobre el penitente arrepentido las palabras dulcísimas del perdón, y que á todas horas dejaban escapar la lección sobre el espíritu del ignorante, y el consuelo sobre el corazón del anegado, es la que ha venido á llamar á las puertas de nuestra memoria, si bien rodeada de los sentimientos de nuestras imperfecciones; de nuestro dolor y de nuestra flaqueza, al sentir nuestro corazón desgarrado por una infausta noticia, que no por ser tan esperada, ha sido ménos dolorosa, que á raudales ha hecho co-

005081

rrer por nuestros ojos, cansados de verterlas, las lágrimas que suponíamos ya agotadas, pues con ellas hemos regado nuestro camino, y que ha acabado de hundirnos en la amargura y en el dolor.

El Sacerdote magno; el Religioso modelo; el cristiano fervoroso; el varón insigne; el digno hijo del Serafín de Asís; el M. R. P. Fray Francisco Alvarez, murió en el Monasterio de San Luis Rey, en San Diego de California, el día 10 del pasado Julio á las nueve y diez minutos de la mañana.....

No es esta muerte un acontecimiento de los que pueden pasar inadvertidos; pues la interesante vida á que puso término no es de las que pueden quedar ignoradas; porque si bien es cierto que no estuvo llena de esos hechos gloriosos que deslumbran, sí estuvo caracterizada por esas excepcionales virtudes que edifican.

No fué la enhiesta montaña, que se eleva sobre las llanuras del valle, y corona su cima con las espesas nubes, teñidas por los variados y bellos co-

lores de la luz descompuesta; pero sí el preciado metal, que permanece ignorado en las entrañas de la tierra, oculto por las sustancias terrosas que le sirven de matrices en el punto de su yacimiento.

Tampoco el cedro gigante que desafía orgulloso los huracanes y las tormentas; sino la humilde violeta que inclina su tallo y oculta entre la yerba su corola al paso imperceptible de la brisa.

Ni el poderoso torrente que despedaza las montañas y arrastra en su impulso las pesadas rocas, sino el manso arroyuelo, que lame las flores que embellecen y alfombran los verjeles.

Retirado del mundo, consagrado á Dios, entregado á la penitencia, y á la oración, y al estudio; colocado entre el vestíbulo y el altar ofreciéndose como víctima de expiación por su pueblo, y en los últimos lustros de su vida condenado al ostracismo por el nefando crimen de ser Religioso, podían con toda exactitud aplicársele las palabras que dijo de su Maestro

divino el discípulo amado: “el mundo no lo conoció.”

Vamos, por tanto, los que aunque de léjos le conocimos, no obstante que de cerca lo tratamos, á señalar, como un desahogo reclamado por el dolor, y como un homenaje dictado por el cariño, algunos rasgos de su preciosa vida, que no serán sino una modesta flor depositada en su solitario sepulcro; sino un breve epitafio, grabado sobre la losa que lo cubre.

Entre las familias estimables y dignas que formaban la culta Sociedad de nuestro suelo en los primeros años del siglo que está tocando ya á su término, figuraba en una escala distinguida, si no por el esplendor de la riqueza, sí por la riqueza de la virtud, la que tenía á su frente el matrimonio modelo del Sr. D. Telmo Vicente Alvarez, y la Sra. D^{ca} Maria Concepcion Benito; ambos procedentes de España, pues el primero nació en la Provincia de Lay en Galicia, y la segunda en la de Guadalajara, de Castilla la Nueva.

El año de 1807, fué nombrado el

Sr. Alvarez por el Rey de España Escribiente tercero de la Administracion Principal de Correos y Postas del Departamento de México, Provincias Interiores y las Islas Filipinas, de cuya Oficina era Administrador Principal el Sr. D. Andres de Mendivil y Arriola, Comisario Ordenador de Ejército; y Contador, el Sr. D. Rafael de Lardizábal.

Su reconocida aptitud, su acrisolada honradez, su nunca interrumpida puntualidad y su exacto cumplimiento, le abrieron paso en el camino de su porvenir, y ascendiendo por riguroso escalafon, llegó al puesto de Oficial, del que lo separó la muerte.

De este matrimonio resultaron ocho hijos, entre los que figuraron el Pbro. D. Francisco; el Hermano Fray Juan, Religioso del Colegio Apostólico de San Francisco, en Pachuca; D. Manuel, Padre de nuestro amigo, el distinguido Caballero D. Nicolás: D. Joaquin y D. José, y las Sritas. Ana y Concepcion; habiendo sido el penúltimo, el Sacerdote de quien nos ocupamos, quien nació en la casa n^o

7 de la Calle del Coliseo, de esta Capital, el lunes 17 de Junio de 1816; siendo bautizado en la Parroquia del Sagrario el 19 del mismo, en cuyo Sacramento recibió el nombre de Domingo, que llevó durante su permanencia en el Siglo.

A la muerte de su Padre, que no tenía más recursos que los que le proporcionaba su trabajo, la familia comenzó á sentir los rigores de la orfandad; y se hubiera hundido en los abismos de la miseria, sin la protección en lo humano de la Madre, quien unía á su sólida virtud una inquebrantable energía.

Su primer cuidado fué asegurar el hogar de sus hijos; y aquí no podemos pasar en silencio un hecho que da una idea de los bienes que hacían, desde el fondo del claustro en que consagradas á Dios se santificaban, esas vírgenes puras y santas, contra las que Satanás y sus secuaces saciaron su encono en días nefandos que no quisiéramos recordar.

La Casa en que vivió la huérfana familia, y que estaba en la Calle de

la Alcaicería, pertenecía al Convento de Santa Clara á cuya Madre Abadesa se dirigió la respetable y afligida matrona, envuelta en las negras tocas de su viudez y su desgracia; le pintó su situación; extendió ante su vista el cuadro de los múltiples, complexos y delicados deberes que constituían su misión, y le suplicó aplazase el cobro de su renta para cuando sus hijos comenzaran á trabajar en que ella comenzaría á hacer el pago de la deuda que había comenzado á contraer.

Semejante proposición, que hoy arrancaríá al propietario una carcajada de burla, poniendo en sus labios la terrible palabra de lanzamiento, puso, por el contrario las lágrimas de la compasión en aquella Esposa de Jesucristo, de cuyos labios movidos sin cesar por la plegaria, brotaron palabras de consuelo. Consintió en lo que se le pedía, y en el acto mandó llamar al Mayordomo del Convento, á quien ordenó que no volviese á presentar un recibo á esa familia.

Volaron los meses, y tal vez los años; creció la deuda; los niños se

hicieron jóvenes, y como su leal Madre lo había ofrecido, comenzó á pagar, hasta cubrir completamente la cantidad que por rentas debía, á la Comunidad de Santa Clara.

El jóven Domingo, casi niño entró al Comercio donde pronto se distinguió por sus aptitudes; pero su lealtad, su honradez y su virtud lo obligaron á cambiar de casa, abandonando aquella en que se le brindaba con un porvenir halagador, y cuyo manejo no podía merecer la aprobacion de su conciencia.

Como el enfermo que no encuentra lugar ni postura, y que en todas partes y de todas maneras se encuentra mal, así el espíritu de este jóven comerciante, se encontraba siempre fuera de su centro; y de una manera inconsciente, con distintas palabras, y acaso sin servirse de ellas, en su oracion diaria y probablemente continúa, decía á Dios con San Agustin: mi corazon, inquieto por tí, suspira por tí, y no descansará sino en tí.

Dios, en efecto, había tocado ese corazon que ya le amaba, con la gra-

cia de las gracias: la vocacion al estado religioso. Su confesor, hombre de espíritu y dotado del don de Consejo, aprobó, despues de meditarla maduramente, la resolucion por esa vocacion dictada; y para realizarla solicitó, como buen hijo, el consentimiento y la bendicion de su Madre.

Esta, penetrada de la sublimidad del Sacerdocio, de los deberes que impone, de los sacrificios á que obliga, y temiendo que su hijo fuera víctima de una equivocacion que no podía menos que serle funesta, negó su licencia, que no llegó á otorgar, sino hasta que se cercioró de la firmeza en la vocacion de su hijo, y de que el Convento por él elegido era el Colegio Apostólico de San Fernando, donde se conservaban en toda su pureza las reglas del inmortal fundador de la Orden Seráfica; cuyos monjes eran el tipo de la virtud y de la observancia, formando un grupo respetable de héroes y de santos.

Al darle su permiso y su bendicion esta cristiana Madre, digna por tantos títulos de tan sagrado nombre, le

dió, entre otros, este prudente consejo, que guardó con religioso cuidado, y que le oímos repetir no pocas veces: el Religioso no pertenece más que á Dios; y su vida debe distribuirse entre el Altar, el Coro, el Confesonario y el Púlpito; normando todos sus actos por las reglas de su Religion, con sujecion completa á la Obediencia.

Salvado ya el único obstáculo que lo detenía en el camino por el que Dios lo llamaba, rompió con mano firme y ánimo resuelto los lazos terrenos que lo ligaban al mundo, y entró al claustro, tomando el Santo Hábito, de manos del M. R. P. Presidente Fr. José M. Hidalgo, despues de vísperas, en el Colegio Apostólico de San Fernando, el miércoles 26 de Junio de 1844, cuando acababa de cumplir veintiocho años.

Pronto se vieron lucir con todo su brillo los efectos de la gracia de la vocacion en el jóven novicio, cuya puntualidad en las distribuciones, sujecion en la obediencia, asiduidad en el trabajo, fervor en la oracion, austeridad en la penitencia, afabilidad

en el trato, caridad con sus hermanos y demás virtudes que conservó hasta sus últimos días, hicieron de él un novicio modelo, que entónces, como despues y como siempre, sirvió de edificacion á la Comunidad.

Como era natural, la aprobacion en sus votos fué unánime: y el viernes 27 de Junio del año siguiente, de 1845, á las cuatro y media de la tarde, hizo su solemne profesion, en la Iglesia de su Convento, en manos del mismo R. P. Presidente, y en compañía de otro novicio, Fray José Antonio Benavides. En este acto tomó el nombre de Francisco, quedando ligado á la Orden Seráfica con lazos indestructibles, pues en lo humano sólo pudo romperlos la muerte.

Adelantando en instruccion y en virtud, distinguiéndose por su observancia y edificando con su ejemplo, el jóven corista recibió sucesivamente y en su oportunidad las Ordenes Sagradas; y el 16 de Enero de 1848 cantó su Primera Misa; siendo la primera persona que se acercó á besar sus ungidias manos, la respetable y

dichosa autora de sus días. Seis meses le faltaban solamente para celebrar su jubileo sacerdotal.

El cuidado y el respeto con que trataba los objetos destinados al culto, hicieron que se le designase para el cargo de Sacristan, en cuyo delicado cargo fué reelecto. Su prudencia y dón de consejo lo llevaron al Discretorio; y su gran espíritu hizo que se le designase para dirigir el de los jóvenes Religiosos, eligiéndolo Maestro de Novicios; y hubiera sin duda llegado á la Prelacia, si su humildad excesiva no hubiera tomado sus precauciones para evitarlo, solicitando y obteniendo de la Santa Sede la concesion especial de que se le eximiese de todo cargo.

Las tempestades del mundo, que siempre se habían estrellado en los muros del Convento, tomaron creces, agitadas por los espíritus infernales; y rompiendo los diques en que ántes se habían despedazado, penetraron hasta el recinto sagrado del Monasterio, y lo que es más, hasta el centro privilegiado del santuario.

Nuestro esclarecido Sacerdote, á quien Dios, acaso en el silencio de su oracion, le reveló los acontecimientos futuros, vió los que amenazaban á su clausura y á su convento; y para ponerse en aptitud de no quebrantar los solemnes votos con que se había ligado, se trasladó á Guatemala, para cuya República salió de esta Capital el 14 de Noviembre de 1859.

Antes de alejarse de su país, de donde las pasiones desenfrenadas y violentas lo expulsaban, recorrió muchos de sus más apartados pueblos, llevando los tesoros de la Fé en esas inolvidables misiones, en las que casi no se paraba del Confesionario, al que se dedicó de una manera especial en el ejercicio de su Ministerio.

En Guatemala, á donde llegó despues de un viaje caracterizado por los padecimientos, en el que lo acompañó el M. R. P. Fr. Antonio Servin, también Fernandino, lo alcanzó la tormenta impía y revolucionaria, que con mano impura y sacrilega lo arrancó del Convento en el que recibió tan franca hospitalidad y tan fraternal acogida.

Consecuente con la resolución de no desvestirse el santo hábito, que no le permitía llevar la despótica tiranía de una libertad mal entendida, salió para la Baja California, donde los sufrimientos que debían acrisolar sus méritos, tomaron nuevos, diferentes y variados aspectos.

La Providencia quiso que tuviera noticia de la amarga situación que atravesaba, su estimable sobrino el Sr. D. Nicolás Alvarez, quien tuvo el consuelo de hacer para con su respetable tío, las veces de un hijo cariñoso y tierno; y este digno caballero, con un desprendimiento digno de elogio y una generosidad sin ejemplo, de acuerdo con el M. R. P. Fray Isidoro M. Camacho, que á la sazón era Guardian del Colegio de San Fernando, dispuso la traslación á México de su desterrado tío, situando los fondos necesarios y comisionando, para que fuera á buscarlo, á su hermano en Religión el M. R. P. Salazar, á quien dió los recursos y cartas de crédito necesarios, con una amplitud tan grande como su generosidad.

El P. Salazar desempeñó satisfactoriamente su encargo, y el mes de Diciembre de 1883, México volvió á tener la dicha de ver en su seno á uno de sus más virtuosos hijos.

Alojado en la casa de su digno sobrino, cuyo recinto apacible está perfumado por las virtudes de su estimabilísima familia, disfrutaba toda la tranquilidad apetecible: pero sin embargo, no estaba en su centro. El anhelaba la pobreza de la celda, la austeridad del Monasterio, la vida de Comunidad; y cuando recibió la visita del P. Visitador, quien uno por uno pasó á ver á los Religiosos dispersos, al contestar la pregunta que aquel le hizo para saber qué deseaba, sólo le dijo estas memorables palabras: “una celda para morir entre Frailes...” Dios escuchó esta respuesta, digna de un verdadero religioso, que envolvía una petición, que fué favorablemente acogida y satisfactoriamente despachada; pero ántese, aun le faltaban nuevas contrariedades, nuevas vicisitudes, nuevos sufrimientos: es decir, nuevas joyas

con que enriquecer su corona; nuevos merecimientos con que aquilatar su virtud; nuevas luchas con que aumentar el valor de la recompensa.

A los pocos meses de haber llegado á esta Capital, tuvo noticia de que en el pueblo de Cholula, perteneciente al Estado de Puebla, se hallaban varios Religiosos Franciscanos que tenían á su cargo los templos de la Concepcion, San Francisco, Tercera Orden, Jerusalem, Capilla de los Remedios, y el Colegio de la Purísima, los que á la vez auxiliaban, y muy eficazmente, las labores de la Parroquia, cubriendo las Dominicas en los pueblos inmediatos; administrando y predicando en las misas solemnes, y desempeñando en grande escala, el Ministerio del Púlpito y Confesonario; y esta noticia le sirvió de aliciente para trasladarse á Cholula, animado por el deseo de estar cerca de sus hermanos en religion.

Poco tiempo disfrutó de esta tranquilidad; pues la noche del 21 de Diciembre de 1891, cuando esos cuantos Religiosos se reunieron para lo

que con el mismo objeto, si bien saturado de profanacion, se reúnen en esa época los amigos, y los conocidos y los vecinos: la celebracion de las posadas, fueron asaltados por un grupo de soldados que, sin permitirles ni aun tomar su breviario, ni su sombrero, ni pasar á sus habitaciones respectivas para proveerse de lo indispensable, los hicieron salir en cuerpo de patrulla, y en unas tranvías que habían dejado á la distancia para no llamar la atencion, los condujeron á Puebla, donde los encerraron en un cuarto pequeño en el que había otros presos, haciendo un total de diecisiete. Allí pasaron la noche sin alimento, sin abrigo, sin lecho, sin descanso, y allí pasaron no sabemos cuántos días.

Allí estuvo también nuestro P. Alvarez bendiciendo á Dios, como acostumbra hacerlo; fortaleciendo á sus compañeros de infortunio con sus consejos; dándoles valor con su ejemplo y alegrando su ánimo con su carácter afable, sus ocurrencias festivas y su buen humor: ese buen hu-

mor que tuvo siempre, en el que se transparentaba su gozo espiritual.

Su sobrino D. Nicolás, que tuvo para con él rasgos, no de sobrino, sino de hijo, tan pronto como tuvo noticia de este suceso, voló á Puebla, á salvar á su respetable tío, á quien se trajo consigo, volviendo á alojarlo en su casa.

Entretanto, los vástagos envejecidos de esa Orden monástica tan ilustre, tan útil y tan respetable, los M. RR. PP. Comisarios Fr. Isidoro M. Camacho, Religioso Fernandino de México, y Fr. José Guadalupe Alva, Guadalupano de Zacatecas, tratando de reunir á los pocos monjes que estaban dispersos y no dejar desaparecer la Orden Franciscana, desviando su desconsolada vista de México fueron á buscar á suelo extraño lo que la plétora de libertad les negaba en el propio, é hicieron las gestiones conducentes para entrar en posesion de un Hospicio que poseían en el Territorio Americano, en el Condado de San Diego California, denominado San Luis Rey; y obtenido el resultado,

instalaron allí la Comunidad, con gran contentamiento de los vecinos de Oceansy y los pueblos inmediatos.

Aun no tenían estos abnegados Religiosos ni celdas improvisadas, cuando nuestro Religioso modelo, impulsado por el espíritu Franciscano que en tan alto grado poseía, se trasladó á ese naciente Monasterio, donde lo esperaba su sepulcro; y el 12 de Octubre de 1892, salió de esta Capital para aquel punto, deteniéndose unos días en Querétaro.

Su avanzada edad, la fatiga del camino, la mala alimentacion, las condiciones poco higiénicas en que se encontraba, la instalacion incómoda y otras circunstancias análogas, hicieron que se exacerbara un mal de estómago que ya se le iniciaba; sin embargo de lo cual, seguía siendo modelo de observancia, pues jamás hizo uso de las concesiones que á los Padres graves se otorgan.

A este mal se agregó el de las cataratas, que acabaron por dejarlo completamente ciego; y sin embargo de esto, siguió celebrando el Santo Sa-

erificio, usando del permiso que tenía para rezar las Misas que sabía de memoria, puesto que no podía servirse del Misal.

A propósito de esta ceguera, escribía con su jovialidad acostumbrada á su sobrino Nicolás, quien se empeñaba en que se hiciera la operación: "ya he vivido muchos años con vista; bueno es que para variar pase sin ella los pocos días que me quedan de vida." Estas palabras revelan mucho; y entre otras cosas la verdadera, dulce y santa resignación cristiana.

Su mal seguía tomando creces y presentándose bajo diferentes formas.

Hace algunos meses, unos de sus compañeros oyeron un ruido extraño en su celda, y lo encontraron tendido en el suelo, víctima de un ataque que lo hizo caer de golpe: los cuidados fraternales, diligentes y constantes de sus buenos hermanos, lo volvieron á la vida, que desde entónces no fué más que el prelude de su muerte. Esta no se hizo esperar ya mucho tiempo; pues á pesar del cuidado, la solicitud y el esmero de los Religio-

sos que lo rodeaban, y que con un empeño, no de hermanos, sino de hijos, procuraban devolver la salud á su tiernamente querido *Padre Alvaritos*, como con cariñosa frase lo llamaban, Dios había marcado ya el instante de su descanso; y á la hora que señalamos al principio, hizo su tránsito de esta vida mortal á la eterna, durmiéndose en el regazo de su Dios, á quien amó mucho y á quien consagró toda su vida.

Vivió 81 años y 22 días, de cuyo tiempo perteneció á la Religión 53 años y 25 días.

Cada uno de los Sacerdotes de su Convento en San Luis, aplicó tres Misas por su alma; y el mismo eficazísimo sufragio le han ofrecido sus demás hermanos en Religión, á medida que han ido recibiendo esta dolorosa noticia.

No volveremos á ver ya en la vida á este Sacerdote modelo, á quien cercado de luz y de gloria veremos en la Eternidad, contribuyendo á la gloria accidental que por la Misericordia divina esperamos disfrutar algún día.

Su muerte ha dejado el vacío que siempre causan las grandes pérdidas; y al evocar su recuerdo gratísimo, que nunca morirá en nuestro corazón ni en nuestra memoria, sintetizaremos su inolvidable recuerdo en estas expresivas palabras: un justo ménos en la tierra: un bienaventurado más en el Cielo.





9